

cuál fué su sorpresa cuando, subido el último escalón, le vió escaparse de sus manos; por decirlo así, atravesar con paso firme toda la anchura del cadalso, imponer silencio con sola una mirada á unos quince ó veinte tambores colocados frente á él, y con una voz firme pronunciar distintamente estas palabras eternamente memorables: «Yo muero inocente de los crímenes se me imputan: perdono á los causantes de mi muerte, y ruego á Dios que esta sangre que vais á derramar no recaiga jamás sobre la Francia....» Iba á proseguir: pero un oficial, arrojándose espada en mano y con desaforados gritos sobre los tambores, los obligó á redoblar. Al mismo tiempo resonaron muchas voces alentando á los verdugos; animáronse estos á sí mismos, y agarrando con violencia al más virtuoso de los reyes, le arrastraron y pusieron bajo el hacha, la que de un golpe hizo rodar su cabeza... ¡Hijo de San Luis, subid al cielo!... ¡Una gran víctima se ha inmolado, y la Convención inaugura la república sobre un cadalso!...

El más joven de los verdugos (parecía tener unos diez y ocho años de edad) cogió inmediatamente la cabeza y la enseñó al pueblo dando una vuelta por todo el cadalso, y acompañaba esta monstruosa ceremonia con los gritos más atroces y las gesticulaciones más indecentes. Por de pronto reinó el más profundo silencio; pero luego resonaron algunos vivas á la república; poco á poco fué creciendo la gritería y en menos de diez minutos este grito fué el de la multitud y todos los espectadores tiraron sus sombreros al aire. Así murió Luis XVI el 21 de enero de 1793, después de haber reinado unos diez y nueve años.

Después de la ejecución, el abate de Firmont descendió del patíbulo. Su situación era altamente crítica; pues por su aire y su traje había llamado sobre sí las miradas de los furiosos que rodeaban el patíbulo, y ya empezaban

á resonar algunos gritos amenazadores y groseros. Sin embargo, el confesor halló medio de confundirse entre la multitud, y pudo entrar en casa del presidente Rosambó, yerno de Malesherbes, á quien comunicó todos los detalles de este horrible acontecimiento. El valor, la calma y la resignación de Luis XVI durante el curso del proceso, así como en sus últimos momentos, habían llamado la atención del filósofo, que no pudo menos de esclamar: «¡Luego es cierto que solo la Religión puede dar fuerzas para sostener con tanta dignidad tan terribles pruebas!»

Con este motivo no podemos menos de hacer observar la relación constante entre los principios religiosos y los políticos durante el curso de la revolución francesa. En 1794 concurrió el presbiterianismo con la democracia en el Estado, y en 1793 la destrucción de todo culto con la abolición de todo gobierno (1).

El año anterior, Manuel, procurador del ayuntamiento de París, había querido impedir que salieran las procesiones de Corpus, y el ayuntamiento prohibió también la misa del gallo ó de media noche (2). El 30 de diciembre, á propuesta de Chaumette, sucesor de Manuel, decretó la municipalidad que la festividad de los reyes se llamara en lo sucesivo fiesta de los descamisados. Cambon propuso á la Convención se suprimiera la asignación de los ministros del culto; pero la asamblea determinó, en 30 de diciembre de 1792, se prosiguiera dándosela. Real, sustituto del procurador del ayuntamiento, denunció en 25 de enero de 1793 al principal del colegio de las Cuatro-Naciones por haber celebrado la festividad de San Carlo-Magno, que había sido déspota. Las procesiones de San Marcos

(1) Reflexiones sobre el estado de la Iglesia en Francia durante el siglo XVIII, p. 93.

(2) Compendio histórico sobre Igl. constit. p. LVI-LVII.

y las de rogativas no se celebraron en 1793, otra de Gobel. Este invitó igualmente á que en virtud de una carta de Chaumette y de no se hicieran las procesiones de Corpus.

LIBRO DÉCIMO-TERCERO.

(NONAGÉSIMO OCTAVO.)

Desde la muerte de Luis XVI (1793), hasta el fin del siglo XVIII.

De la profunda impresión de tristeza que la noticia del suplicio de Luis XVI produjo en Pio VI, puede formarse una idea por la estremada alegría que el Pontífice había tenido cuando dos años antes supo la fuga de aquel príncipe. Apenas se divulgó por Roma la nueva de su partida, cuando el pueblo, cordialmente adicto á los principios religiosos y monárquicos, acudió en masa al palacio habitado por las princesas, tías del rey, refugiadas en el Estado Eclesiástico y haciendo resonar el aire con gritos de viva el rey de Francia! Pio VI, creyendo fácilmente lo que estaba en armonía con sus deseos, y viendo confirmada la noticia por una multitud de correos, procedentes de todos los puntos de Cerdeña ó Italia, persuadido de que Luis XVI había salvado los obstáculos de Varennes, se había entregado á trasportes de ternura, y declarando al nuncio Pacca, en Colonia, su nuncio extraordinario cerca del rey cristianísimo, le remitió para entregar á este príncipe un breve lleno de unción, felicitándole de haber recobrado su libertad y recomendándole á la

protección del cielo (1). Dios no había permitido que la víctima pudiera escaparse de sus verdugos, y cuando los facciosos bañaron sus sacrilegas manos en la sangre del ungido del Señor, el Gefe de la Iglesia pagó al más desgraciado de los reyes un tributo de sentimiento en una alocución que pronunció en un consistorio. Y á fin de que nada faltara á la solemnidad de este luto, quiso Pio VI que el elogio fúnebre de Luis XVI se pronunciara en su presencia.

No se limitó el Papa á estériles señales de dolor. Su humanidad para con los franceses á quienes el destierro alejaba de su patria, se ejercía con la más admirable inteligencia, y como conocía el espíritu de caridad que reina en las casas religiosas, juzgó que serian las más á propósito para colocar á los proscritos. A fin de facilitar la distribución de socorros y evitar la excesiva afluencia de sacerdotes emigrados en un mismo punto, fijó por de

(1) Memoria histórica de monseñor Bartolomé Pacca, etc., p. 138.

pronto cuatro ciudades principales, como otros tantos puntos de reunion, para los cuales sus nuncios espedian los pasaportes (1). Por este medio los cardenales arzobispos de Bolonia y Ferrara, el obispo de Perusa y el cardenal ministro en Roma, repartian á los emigrados conforme se iban presentando en sus respectivos departamentos. Cada uno de estos preladados tenia luego un cierto número de obispos en su distrito que estaban en correspondencia con el, y remitian cada cual la lista de las plazas que los conventos de su diócesis ofrecian á los sacerdotes franceses. Una carta dictada por el corazón de Pio VI habia arreglado las cosas de modo que todos los prelados del Estado eclesiástico se hallaban dispuestos á concurrir á esta obra de misericordia.

Las religiosas, que durante esta revolucion manifestaron casi todas un valor superior á su sexo, eran dignas de la distincion particular con que el Papa dispuso fuesen recibidas. ¿Qué hay efectivamente mas honorífico que la entrada de las primeras capuchinas francesas en la capital del mundo cristiano? Estas respetables hijas de San Francisco fueron recibidas en la basílica de San Pedro por el cardenal Zelada y por la duquesa Braschi, sobrina del Romano Pontífice. Todas las religiosas que fueron llegando posteriormente encontraron en las puertas de Roma sacerdotes comisionados para conducir las en un carruaje á San Pedro, y en seguida á las comunidades, que con afán las estaban esperando. Pio VI llevó su bondad hasta el punto de visitarlas en sus retiros, informándose de su situacion, prodigando elogios á su fé y alentándolas á que perseveraran, derramando abundantemente sobre ellas sus bendiciones. Las medidas acordadas para

(1) *Memorias para la historia de la persecucion francesa*, recogidas por orden de N. S. P. el Papa Pio VI, y dedicadas á S. S. por el abate Hesmiy de Autbeau, t. 2, p. 1101.

la recepcion de los sacerdotes emigrados fueron igualmente prescritas en favor de las religiosas en otra circular.

Con tales medidas no tardaron los Estados del Papa en albergar dos mil sacerdotes y su buen pueblo no manifestó el menor disgusto. Pio VI dió un reglamento general á los sacerdotes franceses, tanto para su conducta, como para su bienestar y conservacion del buen orden en las casas que les servian de asilo. De este modo los obispos, los regulares y los emigrados conocieron sus deberes reciprocos, y estos últimos se hallaron, por decirlo así, como connaturalizados con los habitantes del pais, é incorporados con las comunidades de las que recibian una hospitalidad tan cristiana.

El cuidado de lo temporal no ocupaba tanto á los superiores eclesiásticos, que no pudieran dedicarse á todo lo que contribuyera al buen ejemplo y al buen empleo del tiempo. Favorecian el deseo de los emigrados facilitándoles puntos de piadoso retiro, conferencias y medios de instruccion. Estos leales sacerdotes se aprovecharon con gratitud de esta autorizacion para reunirse y redactar con tanta precision como claridad el resultado de sus estudios particulares y de sus discusiones teológicas sobre los objetos mas importantes. Las conferencias de Ferrara, por ejemplo, presididas por el obispo de Frejus, y autorizadas por el cardenal arzobispo Mattei, eran dirigidas á Roma á la congregacion de cardenales designados por el Papa para ocuparse especialmente en los asuntos de la iglesia de Francia, á saber: Albani, decano del Sacro Colegio; Antonelli, prefecto de la congregacion de *propaganda fide*; Gardil, prefecto del *Index*; Campanelli, *prodatario*; y de Pietro, obispo de Isaura, secretario relator. Estos edificantes ejercicios se repelian con igual ardor en otras ciudades del Estado eclesiástico y en los principales asilos del clero de Francia perseguido, como en Friburgo, en Constanza, en el Valesado, en España y en Inglaterra.

Pio VI no limitaba su paternal solicitud á sus propios Estados: ninguno de los puntos en que hubiera emigrados franceses dejaba de merecer su particular atencion. En favor de ellos reclamaba cerca de los reyes y de los pueblos los sagrados derechos de la hospitalidad, y daba gracias á los que generosamente ejercian su beneficencia con los proscriptos. En noviembre de 1792 dirigió un breve á los príncipes, arzobispos, obispos y abades de Alemania, y si en los escritos del Pontífice brilla la fé de Pedro al hablar contra el error y el cisma, no se admira menos en esa breve la caridad universal del primer pastor. ¿Qué puede haber mas interesante que el breve de Pio VI á los cantones suizos católicos, y en particular el dirigido en 20 de abril de 1793 al canton de Friburgo? El Pontífice recomendaba los emigrados de un modo especial á sus nuncios cerca de las córtes extranjeras; estos dirigian por todas partes afectuosas circulares, y luego á invitacion suya se hacian colectas, á que todo el mundo se apresuraba á concurrir. Estas cuestaciones se verificaban tambien en el Estado eclesiástico para socorrer á los emigrados que moraban en otros paises, y llegaba el caso de poderse remitir sumas considerables á los obispos, sacerdotes y personas legas refugiadas en otros Estados, llevando la atencion hasta el punto de enviar estipendios de misas á los sacerdotes que en otros puntos se veian privados de este recurso.

Pero, si la generosidad de Pio VI era grande, el desinterés y delicadeza del episcopado francés correspondia dignamente á la magnitud del beneficio. Así es que algunos prelados proscriptos, á quienes gracias á la mas estricta economia quedaban aun algunos módicos recursos, viéndose socorridos en su punto de asilo por la generosidad del Pontífice, le dieron las mas rendidas gracias, suplicándole se sirviera dispensar sus beneficios á otros hijos suyos tambien proscritos y leales que sufrían mas apremiantes necesidades. ¿Cuántos

sacerdotes de segundo orden se impusieron el deber de no pedir socorros hasta que una extrema necesidad se lo ordenara imperiosamente, para no privar de ellos á aquellos de sus colegas que se veian en mayor apuro!

En España, el piadoso obispo de Orense, don Pedro de Quevedo, dió hospedage á doscientos sacerdotes emigrados, cuyas necesidades remedió con todo el celo de la caridad, atrayéndolos junto á su persona desde muy lejos, y honrándose con la compañía de los que veia sufrir por causa de la Religion. Mas esta simpatía de España, de Italia, de Suiza, de Alemania, de los Países-Bajos, en una palabra, de todos los paises católicos en favor de los sacerdotes franceses, nada tiene de extraño. Lo que debe verdaderamente admirarnos, y lo que no puede menos de afectarnos vivamente, haciéndonos augurar favorablemente de porvenir de la herética Inglaterra, es la solícita acogida que el clero ortodoxo halló en aquel pais á despecho de las prevenciones de la secta, y la noble manera con que se portó con los sacerdotes proscriptos; siendo esto tanto mas admirable, cuanto que fué el punto á donde acudieron mas emigrados.

Ya la opinion pública habia sufrido en Inglaterra una venturosa modificacion, de tal manera que, mientras en Francia los enemigos del clero se desencadenaban tan cruelmente contra él, un escritor inglés trazaba el cuadro de los ministros de la iglesia francesa, indemnizándolos ámpliamente de las blasfemias de la impiedad (1).

«Si debiéramos, dice Burke, hacer caso de vuestras publicaciones de toda especie, tendríamos que presumir que vuestro clero de Francia es una especie de monstruo, un horrible conjunto de supersticion, de igno-

(1) *Reflexiones sobre la revolucion de Francia*, por Burke, escritas en Londres en 1790 de noviembre de 1790. Tercera edicion en 8.º, traduccion francesa.

» rancia, de holgazanería, de fraude, de avaricia y de tiranía. Pero ¿es así? ¿Será cierto que sin cesar se está intrusando en el poder civil; que agita la paz interior del reino, y desvirtúa é inutiliza todas las operaciones de su gobierno? ¿Será verdad que en nuestros tiempos el clero deja caer su brazo de hierro sobre el estado civil, y que vaya de plaza en plaza provocando todos los horrores de una feroz persecucion? ¿Ha inventado fraudes para aumentar sus posesiones, ó ha exigido mas que lo que debe por el producto de lo que legítimamente posee? ¿Ha estado nunca dispuesto á levantarse contra la magistratura, á incendiar los templos, á derribar los altares, á derramar la sangre de los sacerdotes de diferente opinion? ¿Se le ha visto emplear alguna vez la lisonja ó la violencia para dominar las conciencias...?

» Cuando á fines del último reinado pasé yo á Francia, el clero llamó bajo todos sus aspectos gran parte de mi curiosidad; pero lejos de poder acumular quejas y disgustos contra este cuerpo, como tenia motivo de presumirlo por algunos libros que yo habia leído, no oí quejarse públicamente contra el clero mas que á una cierta clase de hombres, poco numerosa por cierto, pero en cambio muy activa. Prosiguiendo mis indagaciones tuve lugar de conocer que el clero se componia por lo general de hombres de espíritu moderado y de honestas costumbres, incluso los regulares y seculares de ambos sexos. No tuve la dicha de tener relaciones con un gran número de párrocos; pero en general recibí las mejores noticias de sus principios de su moral y de su celo en cumplir con sus obligaciones. Estuve tambien en relacion con algunos personajes del alto clero, y por las noticias que de los demas recibí me inspiró esta clase respeto por sus brillantes cualidades. Casi todos los que la componen son hombres de ilustre cuna, y no desmerecen de los demas de su clase, siendo de adver-

» tir que si alguna diferencia presentan, es siempre en su favor. Su educación es mas completa que la de la nobleza militar, de manera que están muy distantes de manchar con la ignorancia el esplendor de su profesion ó con la falta de aptitud en el desempeño de su autoridad. He visto en ellos nobleza y franqueza, además del carácter sacerdotal. Nada se ve de servil, de indecoroso, ni de insolente en sus modales y costumbres, pudiendo decir que en lo tocante á pundonor y delicadeza en nada se diferencian de los mas cumplidos caballeros. Esto me ha hecho considerarlos como una clase enteramente superior, como unos hombres selectos, entre los que nada tendria de extraño encontrar un Fenelon. He visto en el clero de Francia varones de gran ciencia y de perfecto candor, y tengo razones para creer que esto no suceda exclusivamente con los que he tenido el honor de conocer en la corte. Habiendo sido efecto de la casualidad las relaciones que he adquirido en otras partes del reino, se puede considerar el ejemplo que voy á citar como una prueba en favor de toda la clase. Acostumbraba ir á una capital de provincia donde, en ausencia del obispo, pasaba las noches con tres eclesiásticos, vicarios suyos, y hombres de quienes toda la Iglesia hubiera podido honrarse. Aunque los tres eran muy instruidos, habia dos particularmente que poseian una erudicion profunda, general y estensa, sea en lo tocante á la antigüedad, sea en lo respectivo al tiempo presente, sea en las ciencias orientales, sea en las de los países occidentales, y mas particularmente aun en cuanto se referia á su profesioa. Tenian tambien de nuestros teólogos ingleses mucho mas conocimiento que el que yo podia esperar; de manera que trataban de ellos con notable sagacidad y discernimiento crítico.... Ofrezcoles con el mayor placer este tributo de homenaje; pero temeria perjudi-

» car, nombrándolos, á unos seres desgraciados á quienes no tengo el consuelo de poder serles útil.

» Algunos de estos eclesiásticos de alto rango reúnen toda clase de títulos que los hacen dignos del respeto general, y tienen derechos á mi gratitud y á la de muchos ingleses. Si llega á caer en sus manos esta carta, espero que se convenzan de que en nuestra nacion hay hombres que con una sensibilidad poco comun participan del dolor que debe inspirarles su injusta destruccion y el cruel confiscamiento de sus fortunas. Mi voz en tales momentos tributa, en el tono mas alto á que á una débil voz le es dado llegar, testimonio á la verdad, y lo repetiré tantas veces cuantas llegue á mi oido la monstruosa persecucion de que son victimas. No, no hay en el mundo cosa que pueda impedirme ser justo y agradecido. El momento actual me impone esta obligacion; pues cuando los que han merecido bien de la humanidad se hallan bajo el peso de las calumnias del pueblo y de las persecuciones de un poder opresor, es cuando nosotros debemos hacer esfuerzos para que brille nuestra justicia y nuestra gratitud.

» Antes de vuestra revolucion teniais ciento veinte obispos poco mas ó menos. Cierta número de ellos se distinguia por su eminente ciencia y su caridad sin limites.... He oido decir que Luis XVI, salvos muy pocas excepciones, tenia un particular cuidado en escoger los caracteres antes de elevarlos á esta dignidad, y segun el espíritu de reforma que dominaba en aquel reinado, presumo que esto debe ser cierto. Mas el poder que domina en la actualidad nosabe fijar su atencion sino en el pillaje de la Iglesia. Ha hecho un envilecedor reglamentode salarios.... Y de ahí resulta que para el porvenir, toda ciencia, toda erudicion quedará desterrada de la Iglesia de Francia.... Se ha dispuesto que para lo sucesivo todos los nombramientos sean he-

» chos por medio de elecciones, y esa disposicion dejará todo el cuidado de la direccion del espíritu público en manos de una banda de miserables licenciados, intrigantes, sediciosos y aduladores, tales que por su género de vida y condicion no tendrán reparo en aspirar á las dignidades eclesiásticas por el vil interés de los despreciables salarios que se les concedan; salarios á cuyo lado parecerán honrosos los mas viles de la sociedad. Esos empleados, que ellos llaman todavia obispos, serán elegidos por procedimientos que relativamente á ellos son igualmente bajos. Igualmente artificios, los de las elecciones, serán puestos en juego por hombres de cuantas sectas hay conocidas y en lo sucesivo se inventen.... Las dos clases del clero pueden practicar ó predicar á discrecion todo cuanto les acomode en materia de religion ó de irreligion.... Para decirlo todo de una vez, no parece sino que esta nueva constitucion eclesiástica no es mas que momentánea, y que es solamente preparatoria para producir, andando el tiempo, una total destruccion de la Religion cristiana, de cualquier naturaleza que sea, cuando estando ya los ánimos de los hombres bastante preparados sea tiempo de darle el último golpe, y ciertamente el desprecio universal á que se entrega á sus ministros es una prenda segura del éxito. Los que se empeñan en no creer que el fanatismo filosófico, que es el que dirige todos estos manejos, trae preparado su plan muy de antemano, conocen muy poco su carácter y modo de obrar: estos entusiastas no tienen reparo en confesar que, segun su modo de ver, un Estado puede subsistir mejor sin ninguna religion que con una sola, y que ellos son capaces de llenar con un proyecto de su invencion el vacío de todo el bien que ella puede procurar.»

» Cuando la posteridad vea por una parte las repugnantes diatribas contra la Iglesia de Francia, y por otra la justicia que enton-